

# Ariadna en su laberinto

Enrique Anderson Imbert

A usted, Enrique, le encanta este *campus* de la Universidad de Michigan porque, según me dice, sus edificios con pórticos griegos le dan una sensación de serenidad. Me alegra que le impresionen bien pero a mí... qué quiere que le diga... será porque llevo acá muchos años enseñando literatura griega... a mí todas esas columnas que imitan las del Partenón no me hacen olvidar las pasiones que agitan la vida universitaria. Ya verá, cuando comience sus cursos y tenga que mezclarse con colegas y estudiantes, que la serenidad de los órdenes dórico, jónico y corintio es engañoso. *Sofrosyme*, sí, pero también *hybris*. Mucha *hybris*. Mire. Ese Museo, esa Biblioteca, esa Facultad de Humanidades parecen edificios discretos ¿no? "Discretos" en el sentido latino: "distintos, separados"... Pues bien: ya verá, cuando recorra sus pisos y anaqueles, que la Biblioteca se comunica con el Museo y con las Humanidades mediante túneles. Unos túneles largos y retorcidos que salen serpenteando como de la cabeza enterrada de una Medusa. Ahí le aguarda un laberinto que le hará perder la serenidad.

Y a propósito de laberintos: de haber venido usted el semestre pasado habría sido testigo de un laberíntico caso de mitomanía. Se lo contaré sin firuletes y usted, si quiere, puede aprovecharlo para uno de sus cuentos con ideas raras.

En el primer día de clases, no más, me llamó la atención una estudiante por su apellido griego: Issaris. Que sí, que hablaba griego, "y a mucha honra", me dijo (como si hablar griego pudiera ser deshonoroso para alguien). Que su padre, "héroe de la lucha antifascista", tuvo que exiliarse de Creta ("exiliarse", dijo, no "desterrarse") durante la segunda guerra mundial. Era una niña cuando llegaron a los Estados Unidos y todavía recordaba —dijo— "los olivares de su casa, en un fértil valle rodeado de majestuosas montañas, frente al cerúleo mar". Mar "cerúleo", dijo, no "azul". Lo dijo en el aula, y su voz se dirigía también a los demás estudiantes con un tonillo altanero, como si la hubiesen ofendido y quisiera demostrarles que no valía menos que ellos. Cuando estuvimos solos cambió de actitud (no más palabras cultas como "exilios" y "cerúleos") y se retrajo. Su retraimiento me interesó. Los ojos, muy grandes, muy negros, no le servían para hacerse simpática. Miraban sin soltar la mirada, sin entregarla, alertas al menor signo de hostilidad y también atentos a posibles oportunidades de medrar pues no disimulaban la ambición. Usted, que es argentino, quizá no lo sepa, pero en esta provincia de anglosajones, alemanes y escandinavos se discriminan mucho contra inmigrantes de países pobres. A nadie le importa que los pobres vengan de culturas con un glorioso pasado, tal la de Grecia. Vaya a saberse qué desprecios le hicieron a esta Issaris los chicos de la escuela, siempre crueles. Aun conmigo la hija de inmigrantes griegos se defendía con los ojos. Sólo los desarmó, abriéndolos un poquito, cuando me oyó decir: "la isla de Creta, Hija del Sol, representado por el Toro".

Un estudiante que habla griego inquieta a un profesor de literatura griega que no está seguro de su lengua griega ¿me entiende? así que, para conocerla mejor, y acaso para ganarme su colaboración, la cité varias veces en mi oficina. Se llamaba Adriana. Adriana Issaris.

Poco a poco me enteré de su familia. El padre, un humilde agricultor, se había divorciado de su mujer y emigró con tres criaturas: ella, una hermanita y un hermanastro. Atando cabos no tardé en figurarme que el hermanastro nació del adulterio de la madre. Padre, hermanita y hermanastro vivían pobremente a pocos kilómetros de la Universidad, en el barrio griego de la ciudad de Ypsilanti, nombre del patriota de la independencia de Grecia. Adriana se pagaba los estudios con una beca y un empleo en la Biblioteca.

Como estudiante era ejemplar: seria, cumplidora, responsable. En el lapso de un mes coincidieron por casualidad varios hechos relativos a Grecia que arrancaron la vida de Adriana del sórdido quicio familiar y la exaltaron... apoteósicamente. (No crea que exagero: sé lo que significa "apoteosis".) Está mal que yo lo diga pero fui el primero en aplacarle el complejo de inferioridad con mi conferencia sobre el descubrimiento de la civilización cretense.

Adriana no tenía la menor idea de que excavaciones iniciadas en los primeros años de este siglo sacaron a la luz, en Creta, restos de grandes palacios, templos y viviendas, frescos, joyas, cerámicas y escrituras en tabletas de arcilla; y, desde luego, no sabía que, un par de años atrás, en 1952, el inglés Michael Ventris probó que los aqueos o micénicos que casi dos milenios antes de nuestra era se apoderaron de Cnosos hablaban griego y a su lengua griega adoptaron la escritura silábica cretense. Cuando Adriana oyó esto no pudo contenerse y en medio de la clase me interrumpió:

—¡Entonces, señor, el rey Minos y su palacio en Cnosos no fue una leyenda, y el lenguaje de Creta fue el griego! ¡Fue el griego! ¡Mi griego!

Con ese arranque (¡ni que alguien hubiera acusado a sus antepasados de ser homínidos anteriores al lenguaje!) con ese arranque Adriana desahogó su resentimiento contra los prejuicios raciales y culturales que la habían herido. Desde su rincón, en la América sajona, se sintió más que nunca solidaria con los innumerables parientes que no conocía y a través de esas sombras se sintió emparentada con las tribus griegas que se establecieron en Creta. Se necesita imaginación ¿eh? para sentir en el latido de las venas una sangre ancestral; pero imaginación es lo que a Adriana le sobraba.

A partir de ese momento Adriana se puso a estudiar apasionadamente la civilización minoica. Me pidió la bibliografía. Buscó en Homero y en otros autores griegos referencias a su isla nativa. ¡Homero había estado en Creta, la había descrito como "fértil, hermosa, abundante en ciudades muy

pobladas"! Y eso que en la época de Homero la grandeza de la civilización cretense era apenas un lejano recuerdo. Mas quedaban sus mitos, eco del antiguo poderío de la isla, y Adriana los leyó como asuntos de su propia familia.

En esos días hice que la Biblioteca comprase unos papiros griegos. Si pudimos comprarlos con los pocos dólares de que disponíamos fue porque no valían mucho. Yo les había dado una ojeada. Eran hojas mal cortadas de los rollos y carecían de méritos literarios: contratos matrimoniales, partidas de defunción, transacciones comerciales, en fin, documentos de una vida nada interesante para los helesnistas pero los compramos porque a los estudiantes hay que mostrarles algún papiro ¿no?, y la Biblioteca no tenía ninguno. Por recomendación mía emplearon a Adriana para que les diera entrada en el catálogo. No se esperaba de ella más que eso, pues no tenía preparación para fecharlos, ordenarlos o clasificarlos, pero Adriana, con la obsesión que le había sobrevenido por la Grecia antigua, se puso a descifrar los papiros, o a imaginar que los descifraba, y por ahí encontró una referencia a Eurípides. ¡A mí se me había escapado y ella la vino a encontrar! Suertuda, la muchacha. La referencia a Eurípides era a una de sus tragedias perdidas: *Los cretenses*. Yo, por supuesto, conocía fragmentos de esa tragedia. Palabras, frases, versos sueltos... El fragmento más importante es un diálogo entre Pasífae y Minos. Evidentemente Eurípides estaba escensificando el viejo mito del Minotauro que, usted recordará, era así.

El rey Minos no obedece al dios Poseidón, que le ha ordenado la inmolación de un hermoso toro. Irritado, Poseidón enciende en Pasífae, mujer de Minos, una ardiente pasión por la bestia. Del ayuntamiento del toro con Pasífae nace Asterio, llamado el Minotauro por su cabeza taurina en cuerpo humano. Minos impone a los atenienses un tributo de doncellas y donceles para que el Minotauro los sacrifique en el laberinto donde está encerrado. Teseo es uno de los elegidos para el sacrificio pero Ariadna, hija de Minos y Pasífae, se enamora de él y le da un ovillo de hilo: con el hilo que había desovillado mientras avanzaba por el laberinto puede rehacer sus pasos y encontrar la salida. Teseo, libre, abandona a Ariadna y se casa con la hermana de ésta: Fedra.

El diálogo que se conserva en el fragmento de *Los cretenses* es típico de Eurípides: el pesimismo, la preferencia por mujeres apasionadas y, sobre todo, la ecuanimidad con que otorgaba razón a cada punto de vista en el debate. Pasífae ha dado a luz al Minotauro y ahora se defiende ante el indignado Minos. Negar su monstruoso parto, dice, sería inútil: no lo convencería porque el monstruo está ahí. Si ella hubiese entregado su cuerpo a un hombre para gozarlo lascivamente habría sido una lujuriosa adúltera, pero lo que le pasó fue una locura impuesta por la furia de un dios. Su extravío fue involuntario, inexplicable como no sea por fuerzas irracionales. De no ser por efecto de una pasión demoníaca ¿cómo ese toro sin ninguno de los atractivos físicos de un amante pudo haberla poseído de un modo tan abominable, y haberle engendrado un hijo? "La culpa fue tuya —le grita a su marido— porque no inmolaste el toro, como Poseidón te lo ordenó. Yo quise esconder mi desgracia pero tú la proclamaste ante el mundo entero como si no fueses el verdadero culpable. Has arruinado mi vida. Mátame, ya que eres un asesino: moriré libre e inocente". Pasífae sería, pues, víctima de un déspota

que quiso engañar a un dios vengativo y cruel. La escena termina con Minos ordenando la ejecución de Pasífae.

En el papiro que la suertuda Adriana entresacó del montón se leía: "y dijo Eurípides que el rey de Cnosos pidió que amordazaran a esa mujer". Adriana vino a verme, muy excitada. Ella interpretaba la frase como una admisión de culpa. Minos, ante la justa defensa de Pasífae, brutalmente le habría tapado la boca. Ahí no más Adriana, sin mover pestaña, me hizo saber que ella iba a reconstruir la tragedia perdida. Nada menos. ¡El tupé de la muchacha! ¿Qué sabía ella de la posible estructura de la tragedia perdida, de su Prólogo, de su Coro, de la mediación del Corifeo?

Traté de disuadirla. Quizá yo estuviera en condiciones de intentar algo parecido. Yo, su profesor, pero no ella... No ella sola... Nada. No hubo caso. No me cedió ni un lugarcito en sus planes. Al contrario, me instó a que la ayudara a hacer posible lo imposible. Que leería, dijo, las dieciocho tragedias de Eurípides y empapada de su espíritu completaría, ella sola, el fragmento de *Los cretenses*. Era inútil discutir. Le presté libros, artículos de especialistas, y le pedí que me mantuviera informado.

No hay dos sin tres. La tercera casualidad que alteró la vida de Adriana fue que el Museo organizó una exposición del Oro Egeo con materiales obtenidos en préstamo de varios museos. Todavía estaban en depósito mientras se preparaban las salas y vitrinas pero Adriana fue de las primeras empleadas de la Universidad en ponerse al corriente de la exposición. Vio el cartel que anunciaba el Oro Egeo con la magnífica máscara de Agamenón y aun vio los oros de preciosos objetos muy anteriores a Agamenón. Más tarde Adriana me contaría su deslumbramiento ante dagas que habían descansado durante treinta y cuatro siglos en las tumbas de los reyes de Micenas. En esas hojas, melladas por el tiempo pero todavía imponentes, se veían incrustadas en oro miniaturas de cazadores en el acto de perseguir leones y leopardos.

Una mañana descubrieron que se habían robado algunas piezas de la exposición. El ladrón se apoderó de lo que, además de ser valioso, era transportable: vasos y copas de oro, una jarra de plata, muchas joyas, una diadema... Pero una de las cosas que robó fue menos explicable: una gran vasija de cerámica decorada con típicos relieves minoicos de cabezas de toro y el símbolo del Hacha Doble, motivos favorecidos por los guerreros de la Edad del Bronce. A pesar de su gran interés histórico, no era una pieza particularmente codiciable. Para un vulgar ladrón debía de ser poco valiosa, por sus rajaduras, remiendos y pinturas desteñidas; e incómoda por su tamaño.

El mismo día en que se descubrió el robo Adriana Issaris no se presentó en la oficina de la Biblioteca, donde trabajaba. Tampoco en los días siguientes. Pensé: "Si no da parte de enferma van a sospechar que tiene algo que ver con el robo. Debo buscarla y preguntarle por qué falta". Primero fui a su casa, en Ypsilanti. El viejo Issaris apenas hablaba inglés. Su mente giraba en otro mundo, envuelto en recuerdos de su isla. Con regia indiferencia me hizo entender que ni sabía ni le importaba dónde pudiera esconderse su hija. Por ahí asomó la cabezota del hermanastro de Adriana: cara bestial que con los ojos pareció comprender mis preguntas pero su boca rumiaba sin contestarme. En cambio la hermana fue expresiva, demasiado expresiva, pues lo que expresó no fue preocupación

por el paradero de Adriana sino unas adolescentes ganas de coquetear conmigo. Me acompañó hasta el ómnibus y al despedirme con un beso me susurró en la oreja: "Soy más bonita que ella ¿no?". Y era.

Invirtiéndome el convencional papel de los detectives de novela resolví probar que Adriana era, no culpable, sino inocente: después de todo yo la había recomendado como alumna. Pensé: nadie pudo haber sacado esos materiales de los bien vigilados recintos del *campus*. Sin duda el ladrón se sirvió de la enorme vasija para trasladar el tesoro de un lugar a otro dentro de la Universidad, que como le dije tiene los edificios del Museo, la Biblioteca y Humanidades comunicados con túneles. Empecé, pues, a recorrer el laberinto.

Yo sabía que Adriana, por ser empleada, disponía de una llave maestra y se le permitía trabajar de noche en un cuarto del sótano de Humanidades, pero en ese cuarto no estaba. Me asomé por los desfiladeros entre los miles de estanterías en varios pisos de la Biblioteca por si acaso había caído por ahí extática, dormida, desmayada o muerta. En el Museo no la encontraría pero de todas maneras la busqué por salas, oficinas, rincones, escondrijos.

Mientras la buscaba yo iba imaginándome el "caso" de Adriana con la libertad con que sin duda usted, querido Enrique, imagina sus cuentos.

Los papiros que le dimos para que los ordenase debieron de ser algo más que una oportunidad para ingresar en el círculo académico; aun algo más que un incentivo para intensificar su reciente fervor por la cultura de sus antepasados de Creta. La alusión a la tragedia *Los cretenses* de Eurípides debió de conmover profundamente su alma y la desdobló. Ella y su familia debieron de padecer en sus vidas una tragedia semejante a la que contó Eurípides. Es común que un lector sensitivo se identifique con Edipo o Electra. Quizá para Adriana el paralelo entre su familia y *Los cretenses* fue mucho más perturbador que la empatía de un mero lector. La catarsis que las tragedias producían a los griegos debió de tener un poderoso efecto sobre ella. Lo que pude averiguar sobre Adriana fue muy sucio. Su padre había odiado a su madre por el adulterio que cometió en un acto depravado. Su hermanastro, que de esa depravación nació negroide y estúpido, fue también odiado. La hermana era una frívola para quien la vocación de estudiosa de Adriana era otra manera de ser fea (me repetiría esa opinión cada vez que saqué el tema de Eurípides y del mito del Minotauro). La pobre Adriana luchó para salir del salsipuedes familiar pero pese a sus esfuerzos no lo lograba. Hasta que recurrió a un ovillo salvador, no de hilo, como el del mito, sino formado por el largo rollo de papiros y por la ristra de las dieciocho tragedias de Eurípides. De golpe, Adriana se convirtió en Ariadna, sólo que cambió el papel de la mítica Ariadna. En el mito el ovillo sirve para que Ariadna ayude a Teseo a salir del laberinto pero Adriana - Ariadna se negó a entregarle el ovillo a Teseo. Qui-so guardarlo para ella sola y usarlo para escapar de su personal laberinto.

Así iba yo por túneles y escaleras imaginando un cuento sobre Ariadna, sin prever el desenlace con que muy pronto la realidad remataría mi imaginación.

Volví al dédalo de Humanidades, que yo creía conocer como a los dedos de mi mano, y al cambiar palabras con la mujer que en ese momento estaba limpiando mi escritorio caí

en algo que nunca había visto por ser fundamental: que había un subsótano donde funcionaban calderas, refrigeradoras, usinas y covachas. Era el último abismo del laberinto. Bajé. En una cámara estaba Adriana, rodeada de papiros, manuscritos, libros ¡y de las piezas escamoteadas del Oro de Egeo!

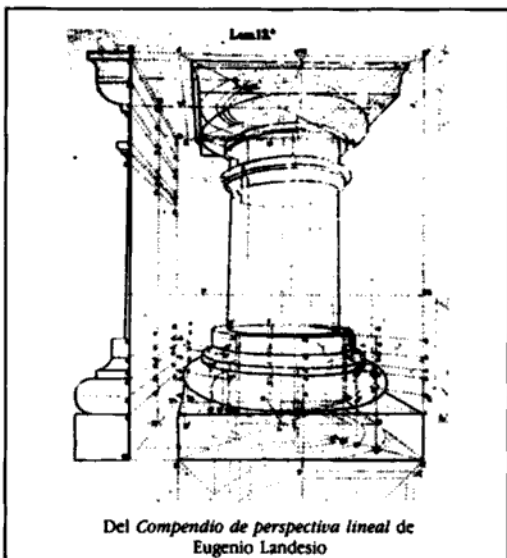
Comprendí en seguida que no era un robo. Un préstamo sin permiso, tal vez. O la propiedad que le tocaba en herencia por ser la única sobreviviente de esa civilización. O más bien un rescate por encargo de los dioses. Loca pero no ladrona. Se había llevado esas piezas para inspirarse en la re-creación de *Los cretenses*. Los papiros que le dieron la idea de escribirlos habían sido manoseados por sus antepasados de Creta. Alguna bella de la época minoica se había adornado con esos aros y anillos, con esa diadema, con ese collar. Los súbditos del rey Minos habían bebido vino en esas copas, y cuando murieron los enterraron con esas dagas que en sus incrustaciones de oro y plata resucitaban cazadores, leones y leopardos.

¡Qué escena se me deparaba! ¡En Héléade, una contemporánea de Eurípides! El tiempo se había hecho inmensurable, discontinuo y reversible.

Mi alumna Adriana Issaris levantó la vista de los papeles que estaba escribiendo y me clavó ojos vesánicos al tiempo que me confundía con fantasmas de su demencia:

—Usted, Teseo, creyó que yo le cedería mis hallazgos para que se luciera en las Academias. Pues no. Son míos. La maldición de mi padre a todos nosotros también lo alcanzará a usted. Ya sé que ha andado piropeando a mi hermana Fedra. De nada le servirá. Yo, Ariadna, saldré del laberinto, gracias a *Los cretenses*, y usted quedará preso y será sacrificado por mi hermanastro, el Minotauro.

En consideración a su locura las autoridades de la Universidad redujeron el castigo a un mero despido del empleo. Yo suelo visitarla en el manicomio y juntos seguimos reconstruyendo *Los cretenses*. □



Del Compendio de perspectiva lineal de Eugenio Landesio